

Manuel Rojas en el "Diario" de Oyarzún

FILEBO

Ya hay en circulación un tercer "Diario" de Luis Oyarzún. Hemos oído decir que difiere de los anteriores en su carácter de mayor intimidad. El primero, espigado y ordenado por el profesor Leonidas Morales, especialista en el tema, se publicó en abril de 1990 en Concepción, con el sello de Ediciones LAR (obra del poeta Omar Lara).

Como se sabe en los círculos más cultos del país, o como creemos que todavía se recordará en estos mismos círculos, Luis Oyarzún (1920-1972), universitario de estupenda vocación en el estudio de las ciencias del hombre y de variadas responsabilidades académicas, fue ensayista brillante, armador de un tierno violín de Ingres: la poesía.

Si se nos permite reproducir parte de una página del primer diario, diremos que en 1951, con motivo de la lectura de la novela de Manuel Rojas "Hijo de ladrón", el 21 de septiembre, Oyarzún apuntaba lo que sigue: "Llevo 50 páginas que me parecen las más densas de humanidad, sensibilidad y ri-

queza de experiencia popular que haya leído en la literatura chilena. Manuel Rojas se limita a contar y es sin duda uno de los mejores narradores que existen en lengua castellana. Cuenta como los grandes autores de la novela picaresca. No dogmatiza, ni siquiera juzga; pero realiza la hazaña de convencer mostrando. Habría que decir que es un novelista fenomenológico. De su descripción del mundo de los ladrones y de la policía, surge naturalmente una especie de demostración de la naturaleza humana. Ladrones y policías se parecen más de lo que se diferencian y no son tampoco tan distintos a los demás hombres como a primera vista pareciera..."

Y más adelante: "¡Qué raro! Este mundo de Manuel Rojas no es sórdido, aunque tiene todos los elementos de la sordidez, y más a causa de la generosidad del alma del autor, que da origen a una visión rica, enternecida de esos bajos fondos...". "Curioso. En 'Hijo de ladrón' parece no haber crisis. La miseria de la gente ha estado con ella siempre. Lo más semejante a

su atmósfera me parece el cine italiano de posguerra" (26 de septiembre de 1951).

Es imposible que estas observaciones de Luis Oyarzún no se acompañen del recuerdo de lo que vimos y vivimos en nuestra infancia. Cuando, como consecuencia de la honda crisis social y económica de los años 30 (la más estremecedora de nuestra historia), llegamos a vivir en la entonces agreste ruralidad del barrio pobre, nos tocó presenciar la forma natural con que esa gente despojada de casi todo asumía la existencia de la miseria.

Como escribe Oyarzún acerca de los seres que pueblan "Hijo de ladrón", "la miseria de la gente ha estado con ella siempre". No nos atreveríamos a considerar, en ese estado de cosas, un rasgo de sumisión al estilo de las "almas muertas" de Gogol. No. No era sumisión, no era servidumbre. Era una suerte de comprensión del destino en esos días aciagos de la sociedad y de la historia.

El "Diario" de Oyarzún está lleno de observaciones felices de este orden. En suma, un verdadero maestro ignorado por el marketing.